

La crisis en la vida del formador

P. Amedeo Cencini, 13 ottobre 2005

1.- El contenido de la crisis

- 1.1.- La crisis de “rol”
- 1.2.- La crisis de imagen social
- 1.3.- La crisis de relación
- 1.4.- La crisis de imagen personal.
- 1.5.- La crisis de modelo educativo.
- 1.6.- La crisis de (in)coherencia subjetiva.

2.- Algunos modos inmaduros de (sop)portar las crisis

- 1.1.- Los que jamás están en crisis
- 1.2.- Los que siempre están en crisis.
- 1.3.- Los analfabetos.

3.- Vivencia realista de la crisis

- 1.1.- Sinceridad
- 1.2.- Actitud constructiva
- 1.3.- De la sinceridad a la verdad
- 1.4.- De lo psicológico a lo espiritual.

La crisis en la vida del formador

P. Amedeo Cencini

La vida está hecha de crisis, también la del formador. Crisis, desde un punto de vista etimológico, significa estado de decisión, situación de vida abierta a diversas posibilidades. El término no tiene, por lo tanto, un significado necesariamente negativo; apunta, en todo caso, a una posibilidad de crecimiento del sujeto, pero también su contrario, puede ser gracia o debilidad. Intentemos, entonces, comprenderlo mejor.

Crisis, en general, significa consciencia de la no correspondencia entre el yo ideal y el yo actual; o entre aquello que se es y la propia vocación (con las provocaciones que vienen de la realidad), que pide una elección o una conversión, para un nuevo equilibrio de relación entre el ideal y la conducta de vida, y una nueva definición del yo.

Por lo tanto, son cuatro al menos, los elementos fundamentales que aparecen en la idea de crisis:

- a)-la conciencia subjetiva, también con cierto sufrimiento...
- b)-de un objeto contrastado entre el yo ideal y el yo actual...
- c)-que provoca la exigencia efectiva de tomar una decisión...
- d)-para una mas madura definición del yo y del servicio del formador.

Así entendida, la crisis es componente normal y positivo de un proceso de formación permanente del formador (o también de la idea de identidad), como dos elementos estrictamente conectados entre ellos. De un lado está presente la conciencia de la diferencia que hay entre ideal y realidad que hace que la vida y el papel del formador sea un camino en continua formación; mientras que por otro lado, solo quien toma con seriedad este camino, podrá advertir la distancia entre sí mismo y las elecciones que debe hacer. Es decir, la crisis no es un hecho automático y ligado a la gravedad objetiva de la situación, ni siquiera se puede percibir como un hecho "crítico" al sujeto, sino que es fundamental a la misma crisis, a su conciencia y coherencia.

Aritulamos nuestra reflexión en dos momentos: en el primero veremos fundamentalmente el contenido de la crisis, en el segundo las modalidades de como se puede vivir la crisis.

1.- El contenido de la crisis.

Es importante sobre todo, intentar tomar las áreas críticas en la vida del formador, o las motivaciones mas frecuentes de las crisis, y que al menos en teoría, podrían estar bien identificadas en sus significados fundamentales. De hecho, no siempre esto acontece, creando ulteriores problemas al formador que no sabe reconocer adecuadamente las raíces de la propia situación crítica.

1.1.- La crisis de "rol"

Es la dificultad, más frecuente, experimentada por quien es y se siente no preparado a desenvolverse en dicho papel y que, advirtiendo la propia incompetencia, la sufre, intentando

normalmente afrontar lo mejor que pueda la situación. Es en el fondo una situación bastante normal, al menos en ciertos límites, porque no existe un formador totalmente adecuado para esta tarea. Sobre todo si pensamos en la situación actual. La incertidumbre presente en la cultura y en la nueva evangelización, inevitablemente se refleja en la vida consagrada, en su renovación y en su formación inicial y permanente, creando no pocos problemas a quien está llamado a realizar este servicio. Si no se tiene suficientemente claro el punto de llegada, se convierten en inciertos y lábiles los pasos del que debería conducirlos. Es importante, por lo menos, darse cuenta de esta situación y no sufrirla pasivamente.

Otra crisis, completamente distinta, pero siempre en relación al rol, es la crisis de quien no se da cuenta mínimamente ni de la propia ineptitud, ni de esa inquietud cultural-social, pero de hecho desarrolla su tarea con mucha superficialidad; o también, con rigor y severidad (quizá para compensar su inseguridad), o sin un plan coherente de propuesta educativa, débiles e insignificantes, (sin un modelo preciso) que en el fondo hace ver la pobreza de sus convicciones personales o de su preparación.

Otra fuente de crisis relativa al rol y a su interpretación, es la incertidumbre o confusión de parte de algunos formadores sobre la identidad del mismo, en particular en lo que concierne a la relación entre el aspecto humano y el espiritual, o entre la competencia psicológica y la dimensión espiritual. No se trata de un conjunto técnico de competencias o funciones, sino de una integración que el formador debería realizar dentro de sí en su camino personal de formación. Tal síntesis e integración es de las más importantes e indispensables para un correcto servicio educativo de tal modo, que cuando prevalece una o la otra, sufre inevitablemente la relación educativa.

1.2.- La crisis de imagen social

Es el caso del que sufre, sobre todo, porque no se ve suficientemente apreciado como educador, ya sea por el superior, los colegas, o los mismos muchachos a los que está llamado a acompañar.

Naturalmente sufrirá en la medida en que no ha alcanzado una cierta autonomía o no ha resuelto el problema de la estima de sí; o en la medida en que la estima de sí (o su propia identidad) no ha sido fijada de modo seguro y definitivo en algo que le pueda garantizar una sensación de positividad estable. Es del todo comprensible que sufrirá ante el mínimo signo de no ser apreciado en sus intervenciones.

Para un formador esto será un problema serio y altamente condicionante de su libertad de acción y rectitud general. Ya que esta persona deberá conseguir lograr todo a toda costa; no será libre, por ejemplo, de dejar que sus jóvenes vivan sus crisis o, más en concreto, no soportará sus debilidades y contradicciones, porque las percibirá como una **amenaza a la estima de sí y a su competencia como educador.**

No se sentirá libre sobre todo para decirles la verdad, porque temerá que alguno se sienta demasiado amenazado, incluso, ofendido y llegue a decir que se siente “incomprendido” (expresión estratégica actual) y rechace aquello que se le ha dicho (y a quien lo dice); o diga que su formador no es competente...Por consiguiente, dicho formador estará tentado de ser complaciente y siempre positivo con todos y no arriesgará nada para no hacerle mal a ninguno; buscará el acuerdo con todos, sin exigir demasiado y dejando contentos a todos, rebajando fatalmente el nivel de la calidad de vida en la casa de formación y de las exigencias de la consagración...en la lógica infantil y pagana de la reciprocidad de placeres y necesidades.

En fin, se puede estar en crisis de imagen social también cuando el formador percibe que su estilo educativo o su modo de iniciar a la vida consagrada, no encuentra después seguidores en el resto de la familia religiosa; o tiene la sensación de una cierta soledad para mantener ciertos valores y proponer una precisa interpretación carismática. Situación nada extraña en estos tiempos de incertidumbre y mediocridad. Será decisivo el equilibrio del formador entre la solidez de sus convicciones personales y la capacidad de hacer y de estimular el camino del grupo (o entre identidad y pertenencia).

Y siempre en este sentido, puede ser motivo de crisis el percibir que la propia acción formativa parece reducirse a lo privado, a lo estrictamente personal, casi sin ninguna incidencia social de cambio en el grupo o en la comunidad.

1.3.- La crisis de relación

Es la crisis que se presenta cuando el formador vive en modo poco adulto y responsable en el plano humano, antes incluso que en el educativo, la relación con los jóvenes que le han sido confiados (“mis muchachos”), casi reteniéndolos como propiedad suya y olvidando que le han sido entregados por Otro, y que este Otro ha tenido a bien entregárselos.

Esto trae como consecuencia, una personalización de la relación y de la dinámica educativa. Tendremos entonces por ejemplo, al formador celoso si ve que otros se inmiscuyen en la dinámica formativa, o envidioso de aquellos que atraen la estima y el aprecio de los mismos jóvenes, e incapaz de soportar lo que suele llamar ingerencias o invasiones.

Existe también una variante de la crisis relacional en el sentido más estricto respecto a la comunidad formativa. Es aquella posible crisis que nace nuevamente de una falta de libertad relacional o afectiva del formador, que le lleva a establecer relaciones a partir de criterios demasiado y sólo humanos (electivos-selectivos, simpatía o antipatía, preferidos o rechazados) que, antes o después, se dejan ver. A veces creando puras relaciones indisolubles y eternas; en tales casos, el educador en vez de favorecer la relación con Dios, los ata a sí mismo.

También forma parte de este ámbito de crisis, la actitud de algunos educadores que cuando tienen alguna dificultad o alguno no se comporta como debiera (o como ellos quisieran), ponen en funcionamiento un montón de “venganzas emotivas”, se cierran en sí mismos y asumen un aire triste y melancólico, haciendo de víctima o retirando los afectos, con el intento ingenuo, de crear un sentimiento de culpa en el que se ha equivocado.

En referencia a la capacidad relacional existen, a veces, actitudes opuestas: algunos formadores intervienen de mala manera pretendiendo entrar en el secreto de la conciencia del joven, con una delicadeza de elefante, sin respeto por el misterio y la libertad del otro, y creando frecuentemente en el joven, reacciones contrarias de cerrazón y rechazo.

Están también los que parecen tener miedo a la intimidad y temen acompañar al sujeto hacia la profundidad de su propio yo, hacia sus infiernos. Manifestando, quizás, poca familiaridad también con sus propios infiernos...

Todavía hay otro error que puede crear crisis de relación: la tendencia de ciertos formadores de encasillar de modo definitivo, dentro de una interpretación rígida y cerrada, la personalidad del otro (quizás presumiendo de su ser psicólogo), comunicándoles de hecho, de un modo o de otro, el juicio sin ninguna esperanza sobre la persona; y, junto al juicio, también la desconfianza, expresada

en un montón de condenas dirigidas a todos pero a ninguno. Es inútil decir lo mucho que influye esto en el “pobrecito” joven...

Quizás también, debido a estos motivos de juicios rígidos y inflexibles, se crean a veces en la relación educativa, situaciones de contraposición, casi de desafíos entre el educador y el joven; situaciones en la que ninguno de los dos parece querer ceder, y en la que tocaría sobre todo al formador, comprender que no tiene ningún sentido asumir una posición conflictiva, de lucha, de deseo de prevalecer sobre el otro. Muchas veces en el origen de estas actitudes hay un nuevo problema de identidad y de afirmación de sí.

1.4.- La crisis de imagen personal.

Aquí la sensación de crisis acontece en el interior del sujeto, que entra en crisis precisamente, porque su modo de pensar o soñar y su manera de ser formador parece no corresponderse con la realidad y es desmentido por los mismos hechos.

Crisis de imagen personal (o privada) es, en sustancia, la determinada por la sensación de fracaso más o menos real que, a veces está unida a las expectativas irreales de aquellos que se prestan a hacer este servicio cuando no consiguen liberarse del todo de los adolescentes delirios de omnipotencia, del llamado síndrome de Atlante o del complejo evangélico del buen samaritano....

También en este caso, son evidentes las raíces insanas de estas situaciones críticas que con frecuencia generará contrastes o agravará la sensación de incompetencia o incapacidad, quizás llevando al formador a exhibir una falsa humildad que cubre su sutil rabia (hacia sí y hacia los otros).

La crisis de imagen personal provoca a veces situaciones de depresión y aislamiento, de gran incertidumbre (no sabe qué hacer o qué opciones tomar) y confusión interior (incluso mental), crea inestabilidad e incoherencia en el educador, que lo encierra en sí mismo y lo hace ser rígido ante los demás, o a veces, tan duro, que muestra una solidez e impertubabilidad (que de hecho, no posee) a prueba de todo.

1.5.- La crisis de modelo educativo.

Un punto muy importante para descifrar la cualidad del servicio educativo es verificar la bondad del modelo educativo elegido y puesto en funcionamiento por el educador-formador. Verificación que se hará a través de una operación o una opción de campo explícita que no se puede hacer vagamente, cosa que suele suceder con bastante frecuencia.

La cuestión del modelo si se mira sólo abstracta y teóricamente, no será acogida en las múltiples implicaciones que conlleva tanto al nivel espiritual como pedagógico; incluso ni muchas veces el formador será capaz de reconocerse a sí mismo, a su modo de concebir al otro en el camino formativo, y ni siquiera reconocerá tanto el punto de partida y de llegada, como las estrategias y finalidad de un modelo concreto. Dicho modelo puede ser aquel en el que el mismo formador ha sido formado, o aquel que lo ve como más natural para funcionar, o sobre el que se siente más preparado y capacitado. Y así acontece que el formador adopta un modelo sin darse cuenta. Esto puede ser peligroso porque el modelo en un momento dado, se impondrá con su lógica y determinará consecuencias no queridas. Si, por ejemplo, un educador usa modos y expresiones típicas del modelo de la autoaceptación, provocará inevitablemente en el joven una actitud sobre todo, de resignación y de cierta mediocridad. No podrá después enojarse si sus jóvenes no son tan sensibles con la lógica evangélica de la radicalidad o del don total de sí.

Segundo aspecto del problema: un modelo educativo no vale lo mismo que otro, por eso será muy necesario estar atento a la elección del modelo. En este sentido, os reenvío, a mi libro “*El árbol de la vida. Hacia un modelo de formación inicial y permanente*”, en el que en la primera parte presento seis modelos formativos entre los más frecuentemente “usados” en nuestras casas de formación: el modelo de la perfección, de la observancia común, de la autorrealización, de la autoaceptación, el modelo único (de la no integración) y por último, el de la integración. En mi hipótesis de trabajo, que en ese libro intento demostrar, los cinco primeros modelos conducen a una situación crítica desde el punto de vista formativo, a diferencia del último, el de la integración. Es fundamental que un formador se interrogue seriamente sobre esto, incluso el Instituto religioso debería interrogarse periódicamente sobre el modelo formativo que está adoptando, y quizás, hacer una propuesta explícita en este sentido.

1.6.- La crisis de (in)coherencia subjetiva.

Llega a esta crisis quien –en sustancia- es pobre en convicciones y valores personales, o los repite y aconseja a los demás sin haberlos interiorizado el mismo lo suficiente; o quien no vive lo que proclama, como por ejemplo, el formador que vive una castidad técnica pero consume en su corazón o en sus fantasías productos alternativos o... pequeños adulterios, o también, el que pone sobre las espaldas de los otros un peso que él mismo no mueve ni si siquiera con un dedo...

Tal formador puede también ser exteriormente correcto con su papel de formador, pero si no es coherente consigo mismo y su propia consagración no podrá estar sereno y contento, distendido y en paz consigo mismo (¡nada como la coherencia da sentido de relax y de plenitud interior!); además, le falta “algo” en todo lo que hace porque la incoherencia significa pérdida o fuga de energía respecto a aquello que debería ser el objetivo final y central; más aún, esta persona pone poca pasión (poca energía) en lo que hace y tendrá que repetir siempre mil veces las cosas a sus muchachos, cansándose y tomándose las con ellos. También deberá hacer con frecuencia el papel de controlador de los compartimientos, o de policía, corriendo el riesgo de ser exigente y riguroso, o pedirá una disciplina no lo bastante motivada con todas las consecuencias que sabemos que conlleva. En realidad el problema es que él es poco convincente y todavía menos creíble, hablando como uno que no tiene autoridad, en el sentido más pleno del término, y, por tanto, deberá recurrir a presiones de todo tipo (voluntarísticas, moralistas...) y al final no será escuchado.

O, al contrario, se convierte a veces en cómplice de comportamientos y actitudes poco auténticos, en modos de ser y de hacer inadecuados a un estilo de vida pobre, casto y obediente. Es lo que sucede cuando no interviene mientras debería intervenir, cuando deja correr y consiente que se instauren costumbres ambiguas, cuando no insiste en positivo en lo que aparece como ideal para todos, cuando él mismo cede a pequeños compromisos, o su hacer no es lo suficientemente transparente y recto.

En fin, la crisis de incoherencia en el formador conduce a la contradicción que le lleva a la inercia, a la falta de entusiasmo y creatividad, a las pocas ganas para hacer y crear, al cansancio y a la falta de confianza tanto en el plano psicológico como en el moral; a la incapacidad por tanto, de animar a los jóvenes en formación, y al poco interés en el trabajo (fuga hacia otros intereses más... remunerados psicológicamente).

2.- Algunos modos inmaduros de (so)portar las crisis

Una cosa es encontrarse delante de una crisis y otra cosa muy distinta es intentar encontrar el modo más real y sabio de vivirla. También a este respecto, tenemos una discreta galería de personajes y situaciones bien diversas.

1.1.- Los que jamás están en crisis

Son aquellos formadores que nunca tienen una crisis (¡Dichosos ellos!), incluso cuando viven situaciones objetivamente fuertes. Nunca tienen dificultades, nunca han tenido dudas y parecen tener para cada situación la respuesta justa. Son los formadores que, a veces, no tienen absolutamente en cuenta la complejidad de la realidad, del tiempo que estamos viviendo y tienden a simplificar y a banalizar todo. Atribuyendo a otros (a los jóvenes mismos en formación, a las estructuras, a los superiores, a los profesores, a la comunidad cristiana...) las causas verdaderas de sus eventuales errores.

Son muchas las circunstancias en la vida del formador de las que podrían venir estímulos autocríticos y provocaciones saludables pero para ello es necesario primero haber desarrollado la llamada “docibilitas”, es decir, la libertad interior de dejarse instruir de la vida y de los otros, de los propios errores y de las propias visiones en todo momento de la existencia. Vivir la crisis, en este sentido, es signo de gran libertad interior. Errores los cometemos todos, el formador debería ser capaz de reconocerlos para no repetirlos. Ya no tiene ningún sentido la imagen del formador perfecto, que no comete jamás ningún error.

1.2.- Los que siempre están en crisis.

Existe, por el contrario, el formador que se cree siempre y en todo momento responsable de todos los problemas que aparecen en la casa de formación e incluso de los problemas que pudieran venir después.

De tal modo que si uno se va (incluso después de la profesión solemne) lo considera como signo del fracaso de su acción; si uno está en crisis quiere decir que el maestro no ha sido capaz de acompañarlo; si el grupo está distraído y desganado significa que el guía no tiene creatividad; si un día no hay rigor y disciplina en la comunidad es debido a que el educador no ha sabido transmitir el sentido de la regla...y así se llena de infinitos sentimientos de culpabilidad. Cargando al mismo tiempo su trabajo de incertidumbre e indecisión y, haciendo todo lo posible para no tomar ciertas decisiones delegándolas en otros (como por ejemplo: los famosos años de experiencias fuera de la casa de formación; los casos de profesores estancados a las puertas de la profesión solemne, o los recursos fatigosos a un experto para realizar un discernimiento difícil).

Estos formadores están dominados por su propia situación de crisis, la sufren simplemente, y a veces, no consiguen expresarla, haciendo insostenible su permanencia en el servicio encomendado. Sobre todo porque no conseguiría jamás ayudar a los jóvenes a vivir las crisis de modo realista y productivo.

1.3.- Los analfabetos.

Son aquellos que parecen no haber aprendido nada de sus crisis. No han aprendido a leerlas, a interpretarlas correctamente, ni siquiera a identificar el punto particularmente débil de su personalidad que ha provocado la crisis misma o ha influido sobre ella.

Es obvio que quien no ha aprendido a hacer esta lectura no podrá ni siquiera aprovechar las situaciones de crisis para crecer en el conocimiento auténtico de sí. No es un caso infrecuente porque no es siempre fácil hacer esta lectura verdadera.

La consecuencia inevitable ya la conocemos: cuando uno no reconoce su parte más vulnerable y crítica, termina por descargar hacia afuera la causa y la culpa de la misma crisis, perdiendo la preciosa posibilidad de hacer un camino de conversión que sin duda le podría hacer más simple la vida, la tarea de formador y la relación educativa.

3.- Vivencia realista de la crisis

La crisis se convierte en momento de gracia cuando se vive desde estas actitudes:

1.1.- Sinceridad

El formador es sincero con la crisis cuando se da cuenta de lo que está viviendo su corazón, le da nombre, reconoce de dónde proviene (o cuanto le está haciendo sufrir) y tiene la valentía de decírselo a sí mismo. Por ejemplo: sentir algo especial por alguna persona, tener miedo al fracaso o al juicio de algún otro, o sentirse molesto al ser rechazado... Sin duda que sentir todo esto no es pecado pero es de persona inteligente, reconocerlo sin dar tantos rodeos. Entre otras cosas, porque es más simple y económico y además es más fructífero ser sincero que no buscar mil modos de esconderse de sí mismo. Si, como es obvio, se confronta la crisis con un hermano mayor en el Espíritu, mucho mejor.

Ser sincero delante de sí y de Dios es el primer paso para leer la vida, sobre todo, en sus momentos de crisis, en su misterio y para ir más allá del aparente engaño en la que se vive. Dejando que la mirada sanante de Dios se pose sobre ella.

1.2.- Actitud constructiva

El formador auténtico no es el que no tiene crisis, sino el que tiene la valentía de atravesarla, y la aprovecha para crecer y no para deprimirse; para construir y no para destruir lo que hasta ahora ha realizado; para andar hacia adelante con mayor convicción e incluso motivando de nuevo algunas opciones y no para reinterpretar todo desde un pasado sin sentido; para descubrir y definirse siempre mejor a sí mismo y el servicio al que ha sido llamado, y no para atribuirse culpas.

Lleva el aceite de la sabiduría en la lámpara del educador quien se sirve de la crisis para conocer más objetivamente su realidad, los rincones más profundos de su mundo interior y los aspectos menos positivos incluso, menos inéditos, de su personalidad. Cuando el ser humano sufre aparece lo que normalmente está escondido; si se tiene la valentía de confrontarse con el dolor o con la inquietud que se prueba y de reconocer todo lo que está incidiendo en su equilibrio y en su serenidad, se descubre, también, quién o qué está en realidad al centro de la vida, abandonando así sueños e ilusiones.

1.3.- De la sinceridad a la verdad

Pero no basta la sinceridad. Ser sincero significa simplemente reconocer lo que le está pasando, dar nombre a lo que está sintiendo e hasta pesándolo y sopesándolo. Esto ya es algo pero no es todo, no tiene nada de heroico y mucho menos de punto final en el camino, como si reconocer lo que le está pasando fuera ya una coartada para justificar las propias actitudes (o cesiones) y continuar como si nada hubiera pasado.

En las crisis es necesario ir más allá de las sensaciones subjetivas es necesario, sobre todo, reconocer *el motivo profundo, el porqué* de esos sentimientos, escrutando más allá de lo que se está

sintiendo: es necesario pasar *de la sinceridad a la verdad*. A través de un inteligente exámen de conciencia y con preguntas muy concretas, como por ejemplo:

¿De dónde vienen éstas tensiones, nerviosismos, perturbación, incertidumbre o rabia?

¿Qué me están diciendo sobre mi camino de maduración?

¿Tengo miedo a encontrarme sólo?

¿Cómo se explican las diferencias de trato según las personas con las que me encuentro?

¿Es proporcionado el sufrimiento que está provocando el problema?

¿Por qué tengo miedo a proponer más radicalidad a mi vida?

¿Cómo es posible que me dedique cada vez más a actividades extra-formativas y me cueste estar disponible para las charlas o coloquios formativos?

¿Qué busco en esa persona, en esa relación... qué me dan?

¿Qué estoy deseando en realidad? ¿De qué tengo miedo? ¿Porqué temo decirle al joven lo que le tengo que decir? ¿Tengo miedo a perder? ect...

Ésta es la verdad, o por lo menos, se alcanza a descubrir la propia verdad personal sólo a través de esta fatigosa, humilde, animada, constante y cotidiana investigación personal.

El máximo realismo de la vida es pasar de la *sinceridad a la verdad* como una peregrinación a las fuentes del yo, que nunca debemos dar por conocida, y que podrá desvelar aspectos sorprendentes llegando, incluso a dar un giro a la misma crisis.

1.4.- De lo psicológico a lo espiritual.

En fin, la crisis es vivida bien cuando no es sólo un incidente psicológico, aunque tenga consecuencias en la vida espiritual, sino cuando es escrutada-interpretada delante de Dios a la luz de estas preguntas:

¿Qué me está *diciendo* Dios, de mí mismo y de ¿El mismo a través de esta prueba?

¿Qué me está *dando* y *pidiendo*?

¿Dónde está Dios en todo esto y a dónde me quiere *conducir*? ect...

En la respuesta a estas preguntas está la realidad y el verdadero sentido de la crisis, pues el protagonista siempre es Él, el Eterno, que puede servirse también de un momento de debilidad y pérdida para revelarse de modo inédito o para sacudir la vida o atraer nuevamente a sí.

En el fondo el Creador ha buscado siempre a la criatura a través de la prueba, y así continuará a hacer con quién se deje probar. A este punto, la crisis ya no es sólo un hecho psicológico sino religioso; uno ya no lucha con sus propias contradicciones, o contra una parte de sí, sino con Dios y con su amor, con sus pretensiones sobre el ser humano para que participe en su misma acción creadora. Es lo que Dios pide y propone a todo formador.

Es el momento de la decisión, siempre de por sí crítica y a veces lacerante. Pero es también el momento de un gran crecimiento en el conocimiento de si y de los demás y, por lo tanto, también es el momento de redefinir en cualquier modo la propia identidad y de acceder a una nueva percepción del yo.

Posibles itinerarios de crecimiento para el formador

P. Amedeo Cencini, 13 ottobre 2005

1.- Principio formativo general: la “docibilitas” del formador

2.- Principio formativo específico: del triduo pascual al modelo integrativo

2.1.- La idea-madre: el triduo pascual y el drama de la formación

2.2.- Un itinerario correspondiente: educar-formar/transformar-acompañar.

a) Educar

b) Formar/Transformar

c) Acompañar

2.3.- Verificación constante

Posibles itinerarios de crecimiento para el formador

P. Amedeo Cencini, 13 ottobre 2005

FICHA PARA LOS TRABAJOS DE GRUPOS

1.- Formación del formador

- ¿Existe una formación previa e institucional del formador?
- ¿Hay una cultura o mentalidad, sobre todo en el mismo formador, de la necesidad de la formación permanente del formador?
- En este sentido, ¿Son suficientes éstos cursos?

- ¿Cuál es la condición indispensable para que el formador crezca a través del servicio que desempeña? ¿Qué entendemos por “docibilitas”?

2.- Formador y jóvenes en formación

- ¿Qué relación existe entre el servicio realizado hacia los otros y el camino personal?
- ¿Hasta qué punto el crecimiento del formador está condicionado por la calidad de grupo en formación?
- ¿Cuál es mi experiencia en este sentido?

3.- La alternativa negativa

- Si no hay una disponibilidad personal para crecer no habrá formación permanente, sino frustración permanente. ¿Cuáles son los síntomas de esta frustración del formador?
- En general ¿cuáles son las causas que obstaculizan la disponibilidad para crecer en el formador?